



Cuando el tiempo hiere

Por Mario Parajón

Habrán destinos mejores y peores, gente más afortunada y gente de mala fortuna; pero a todos, negros, blancos, ricos, pobres o de clase media, el tiempo nos hiere. Conozco a una mujer contemporánea que ha cumplido sus buenas seis décadas de vida y se asoma a la séptima; parece que va por la cuarta y hasta se podría decir que por la tercera. Un día que nos encontramos me dijo que no soñaba con haber triunfado sobre su vejez. "La he maquillado", y me añadió, y espero de un día para otro amanecer de pronto con el rostro verdadero de mis ochenta". Se expresó como si la máscara juvenil que tanto dinero y tanta gimnasia le ha costado se le estuviera convirtiendo en un fardo. Es que la herida del tiempo va del pecho a su hondura y lo que se expresa hacia el exterior no es más que corteza. Mi amiga quería aliviarse de su "fermosa cobertura".

Sí, el tiempo al pasar, no se limita a dejarnos ese poco de nostalgia del que el excelso Manrique supo dar tan buena cuenta. Hace otra obra donde la alegría y el dolor ya vividos se entretajan formando lo que William Blake llamaba el "manto para el alma divina". Y la urdimbre de ese manto fue la que quiso llevar a escena Priestley cuando tuvo la inspiración de escribir *El Tiempo* y los *Conway*, una de las mejores producciones teatrales de nuestro siglo.

Se estrenó en el Auditorium bajo el auspicio del Patronato del Teatro que presidía entonces Mercedes Dora Mestre, de la que hablaré en otro artículo. No se puede hacer la historia del teatro cubano olvidando la mención de quienes la hicieron posible con su esfuerzo, su trabajo desinteresado, su iniciativa y muchas veces su desembolso. Mercedes Dora figura en primera línea en ese elenco, de manera que su semblanza no debe faltar en los ejercicios de mi memoria.

Vayamos ahora a la obra en cuestión. Las actrices fueron: Elodia Riovega, Conchita Brando, Fela Jar, Millín Márquez, Marisabel Sáenz y Adela Escartín.

Empiezo por Adela. Mediana estatura, ojos oscuros intensos, muy para llevarlos alguien atento a la corriente secreta de la vida. Canaria de origen, su padre era militar, hombre tal vez demasiado enérgico que envió a la hija a estudiar a París. Ella me ha contado que adoraba desde niña la vida en la naturaleza; y que se iba a los lugares menos frecuentados, cerca de los ríos que no aparecen en los mapas y a la cima de las montañas. Muchas veces en esos parajes se quitó la ropa a fin de gozar

desnuda del aire y del agua de las fuentes. En cierta ocasión le ocurrió que un pastor se llegó con sus cabras al sitio donde descansaba ella; y el pobre hombre salió dando una carrera muy asustado en vista de la aparición de aquella deidad cubierta de hojas y de juncos, proveniente no se sabía de qué mundo.

Fue temprana su vocación teatral. Al padre le hizo poca gracia, pero ella insistió hasta que la enviaron a New York para estudiar arte dramático. Allí se fue sin más compañía que la suya, presumiendo, como aun lo hace hoy, de bastarse ella misma y no necesitar de ningún otro alguien. Creo que es verdad lo que ella dice si se le sueltan en la alcoba un par de gatos, a ser posible esposo y esposa. Adela se entiende con los gatos tan bien o mejor que con las personas y si se le toca el tema cuenta las costumbres, el carácter, las diabluras, los detalles tiernos y las preferencias gastronómicas de los que se hallan a su cuidado. Por cierto: las de Adela son de una envidiable austeridad. Creo que no come ningún animal, ni siquiera el pescado. Se alimenta de verdura, ensalada y lo que ella califica de sus comestibles.

En el orden de sus preferencias artísticas, he detectado siempre en Adela una marcada preferencia por lo telúrico, inmemorial, casi primitivo; por las obras que son mitad diálogo, mitad coro, a semejanza de las de Esquilo, su trágico predilecto. Lo prefiere a Shakespeare, lo cual para mí es inconcebible porque pienso que Shakespeare y Cervantes se hallan por encima de todo el género humano literario y no literario, entre otras razones porque son cimas de humanidad. Tengo la convicción de que si ambos, siguiendo a la Biblia, fuesen lectura de cabecera de todos los hombres, niños alfabetizados, mujeres y ancianos, asistiríamos en poquísimo tiempo a un adelanto increíble en lo que atañe a una calidad de existencia mil veces superior.

Adela fue la Kay de *El Tiempo* y los *Conway*. Es una muchacha que quiere ser novelista y que convive con sus hermanas, su hermano que vuelve de la guerra y su madre. Durante el primer acto ella y su familia interpretan pequeñas escenas de teatro ante un público invitado a la fiesta que se celebra en su casa. La escena representa el lugar donde ellas se disfrazan, se cambian de ropa y entran y salen del salón que finge como escenario y que nosotros no vemos.

Esta jornada primera de la obra es muy alegre, yo diría que francamente eufórica. La señora Conway (Elodia) y sus hijas Hazel (Fela

Jar), Carol (Millín Márquez) y Madge (Marisabel) están felices y se sienten así por ser jóvenes, guapas, ingeniosas, rodeadas de amistades y pertenecientes a una familia conocida que dispone de una renta buena para vivir. Hazel (Fela) es la belleza deslumbrante de la casa. La admiran por lo bonita que es, lo bien que se desenvuelve y la arrogancia que manifiesta. Tiene un enamorado, Ernest (Adolfo de Luis), que la sigue por las calles del pueblo y que se las ha arreglado para que lo inviten a la fiesta. Es un tipo en apariencia sin personalidad y sin atractivo físico. Se mostrará muy tímido ante ella y al mismo tiempo muy dominante. Y ella sentirá desprecio por él y a la vez una fascinación hecha de terror inexplicable.

Madge (Marisabel) representa dentro del clan Conway la inquietud social. Sueña con la redención de los humildes, la fraternidad universal, la unión de los jóvenes para promover el progreso y la entrega generosa de todos a los ideales más nobles. No es bonita, la madre no siente por ella demasiado cariño, pero ella confía en un amigo de la casa, el abogado Gerald (Julio Martínez Aparicio) de quien está enamorada.

Falta por mencionar a Carol (Millín Márquez), sin duda el ángel de la familia Conway: la más joven, de mayor entusiasmo ante la vida, la más buena y por descontento la más entrañable. Todos la adoran.

A la mitad del acto llega Robin, que acaba de hacer la guerra, lo han licenciado y regresa a la casa a emprender una nueva vida y trabajar en algo que le traiga fortuna y triunfo.

¡Qué vida encantadora, qué destino anunciándose tan dichoso! Kay (Adela Escartín) es la escritora. Ha terminado una novela, no la juzga buena pero está decidida a escribir otra y por el momento dirige los juegos escénicos en que intervienen sus hermanas y su madre mientras el hermano descansa. Una jovencita amiga de la familia y que se llama Joan contempla con ojos tiernos al recién llegado.

Al final de ese dichoso acto primero, Kay (Adela Escartín) experimenta una especie de letargo. La cortina se corre. Pasan los diez minutos del entreacto. La cortina vuelve a descenderse y nos encontramos en el mismo salón del acto primero. Lo que ocurre lo contaré el miércoles próximo.

Apartado 17
28370 Chinchón, Madrid